

ESPIAS ^{con} TUTÚ

*Un misterio de la Escuela
de Ballet Swan House*



*Helen
Lipscombe*

laGalera

Para mis chicos.





I

El problema con el Hada de las Lilas

A ver, hadas... Otra vez, venga. —El señor Lamont mira el móvil con los ojos entornados—. ¿Se puede mover el Hada de las Lilas al frente? Vid Dorada, tú ponte detrás. Milly, ¿me has oído? Eso es... Un poco más atrás. Fantástico. Sonreíd todas a la cámara. Que yo os oiga: «Punta Escarlata».

—¡Punta Escarlata!

—Una sonrisa, Milly. Otra vez...

—¡Punta Escarlata!

Flash.

Unos puntos negros bailotean ante mis ojos.

—Perfecto —dice el señor Lamont—. Vamos, chicas.

Su tupé plateado rebota hacia arriba y hacia abajo mientras nos lleva corriendo a los bastidores del teatro.

—Bien, recordad lo que os he dicho, hadas. Jardín Encantado, los brazos, bien ligeros. Canario, agita los dedos. Vid Dorada, bate las piernas.

Me miro las piernas. ¿Me tiemblan? Sí. ¿Me baten? No.

—Hada de las Lilas, tómate tu... Willow, ¿qué pasa?

Willow tiene los ojos inundados de lágrimas.

—No hay manera... No puedo bailar. —Se frota la cicatriz debajo de las mallas—. Es la pierna. Me está doliendo otra vez.

El señor Lamont frunce el ceño.

—¿La pierna? Pero si el accidente fue hace años.

—No fue un accidente —le espeta Willow.

Las otras hadas me miran como siempre: con algo de sospecha y no del todo amigables. Me muerdo la lengua, pero las palabras se me escapan de entre los dientes:

—Fue un accidente, Willow.

—Mentira. ¡Te portaste fatal!

Me arden las mejillas. En lo último tiene razón.

El señor Lamont se saca un pañuelo de la chaqueta azul marino.

—No es momento para discutir. No podemos competir sin ti, Willow. Necesitamos a nuestra Hada de las Lilas.

Willow se da unos toquecitos en los ojos.

—Supongo que el espectáculo debe continuar.

—Jo, qué valiente —murmura el Hada Canario con admiración.

Suspiro y echo un vistazo al otro lado del telón. Conozco a Willow Perkins desde que empezamos a ir a ballet de pequeñas. Aún recuerdo el olor a pastel de ángel (el suyo) y a pis

(el mío) entremezclándose en las exhibiciones. También recuerdo el día que se hizo la cicatriz. No me deja olvidarlo.

En el escenario, la fundadora del Premio de Ballet Punta Escarlata se sube las gafas por su polvorienta nariz.

—Sus Altezas Reales, damas y caballeros, estimados miembros del jurado, es un placer para mí presentarles...

Dame Anna Popova parpadea y levanta la vista hacia el palco real. Se lleva la mano a su emperlada garganta, toma aire de golpe y se le cae el discurso.

Alguien se acerca corriendo a recogerlo. Otra persona también se aproxima corriendo y se vuelve a ir. El público empieza a ponerse nervioso. Cuando tienes ciento dos años, la gente debe de pensar que vas a estirar la *popopata* cada vez que acabas una frase.

Dame Anna sacude su blanca y rala cabeza como diciendo: «No hace falta llamar a la ambulancia todavía».

—¿Por dónde iba? —dice—. Ah, sí. Es un placer para mí presentarles a las escuelas finalistas de la codiciada Punta Escarlata.

Las hadas se apelotonan detrás de mí y el señor Lamont señala los palcos.

—Tu madre ha llegado en el momento justo, Milly. Está en su asiento habitual.

Sonrío levantando la mirada hacia el palco que está junto al de la realeza. Mamá lleva tres largas semanas de gira. Saludo a la oscuridad y Willow me imita.

Dame Anna gorjea sobre el escenario:

—Interpretando las variaciones de las hadas de *La bella durmiente*, les presento a... —Agita los dedos de una mano

colmados de diamantes—. ¡LA ESCUELA DE BAILE LAMONT!

El señor Lamont sonríe.

—Adelante, Milly. Si bailas la mitad de bien que tu madre, tendremos una oportunidad.

Unas risitas van de hada en hada.

Willow me da un empujón. Marcho detrás del Hada Canario y ocupo mi sitio sobre el escenario. Los aplausos se acallan. Las luces bajan. El silencio cae sobre el teatro como polvo de hadas. El director levanta la batuta y el señor Lamont aguanta la respiración.

Cinco minutos más tarde, el señor Lamont exhala. Cuatro hadas han agitado los dedos y han batido las piernas sin pestañear. El público está absorto.

Me toca.

Empiezo a sentir un hormigueo en la piel cuando suena la música. ¿A quién le importa Willow Perkins cuando eres el Hada de la Vid Dorada? Me pongo en puntas, coloco los dedos en su sitio y bato las piernas. Hago una *bourrée* para un lado y giro para el otro. Mientras doy vueltas por el escenario, me gustaría poder bailar para siempre, pero Willow está esperando. Cuando hago la reverencia, susurra detrás mí:

—Quita de en medio, Milly. Tu madre ha venido a verme a mí, no a ti.

Willow Perkins no es una persona agradable.

El problema es que yo soy la única que lo sabe.

Cuando Willow empieza a bailar, me da un tic en el pie. Se estira hacia fuera. No parezco capaz de evitarlo. Willow está tan cerca... Solo un poco más y...

«¿QUÉ ESTOY HACIENDO? ¡Mamá no me perdonaría jamás!». Mi pie vuelve rápidamente a su sitio, pero tengo las piernas cansadas y me tropiezo hacia un lado.

¡Pum! En mitad del giro de un tutú.

El público toma aire cuando el Hada de las Lilas cae al suelo. Las luces cobran intensidad y mi mirada sale disparada hacia mamá. Dicen que ha sido un accidente, pero mamá no está. Busco una diadema brillante, el destello de unas lentejuelas, pero tampoco la veo. No veo nada; el teatro está muy borroso.

El señor Lamont ayuda a Willow a levantarse. Le gotea el sudor por la punta de la nariz.

—Willow, ¿te duele algo?

—Todoooooo.

—Ay, madre. Ay, madre. Milly, ¿qué ha pasado?

—Lo siento mucho, no quería... Yo...

—¡LO HA HECHO APOSTA! —Lloriquea Willow.

Vuelvo a mirar al palco vacío. ¿Dónde está?

—Señor Lamont, ¿cuándo se ha ido mi madre? ¿Ha visto que Willow se ha caído?

Su tupé se menea de un lado a otro.

—No lo sé, Milly.

Los lloriqueos cesan.

—Pues yo sí. —Los ojos de color violeta de Willow emiten un destello de triunfo—. Ha visto lo que me has hecho y se ha muerto de la vergüenza. Esta vez no te va a perdonar, Millicent Kydd. ¡Esta vez va a renegar de ti PARA SIEMPRE!



2

El misterio de la solicitud que nunca se solicitó

Tris, tris, tris.

Tomo otro mechón y veo cómo los pelos se quedan pegados en el lavabo. Sigo cortando hasta que todo queda con la misma longitud. Bueno, más o menos.

Las tijeras de la cocina y yo nos cortamos el pelo el día después de la Punta Escarlata y llevamos haciéndolo desde entonces. Mi *babushka* no ha dicho nada; solo me ha traído dos horquillas plateadas. Mientras me las pongo, me llama desde el piso de abajo.

Hora del desayuno.

Doy un sorbo de té y miro a mamá. Va vestida de Cisne Negro con un precioso tutú y una diadema, lentejuelas y sedosas plumas del mismo color.

Sobre la foto del periódico, el titular dice: «Después de ocho meses, la estrella del ballet sigue desaparecida».

Han pasado ocho meses. Eso son doscientos cuarenta y cuatro días sin ballet. Doscientos cuarenta y cuatro días sin mamá.

Lleno el vacío en mi interior con una tercera tostada.

Pobre señor Lamont. No es culpa suya que no pueda ir a ballet. El padre de Willow dijo que yo había incurrido en una «danza temeraria». Que tenía «pruebas». Su hija se había roto una uña y se había hecho daño en el hueso de la risa.

Yo pedí «pruebas» de lo del hueso de la risa de Willow, pero al señor Perkins no le hizo gracia. Supongo que es cosa de familia.

—Expúlsala —dijo—. Ahora que su madre no está, ¿quién te lo impide?

Los otros padres se mostraron de acuerdo. «Ya lo ha hecho antes. Lo volverá a hacer». Así que me fui yo para que el señor Lamont no tuviera que echarme. Huelga decir que ninguna escuela de ballet me admitiría después de eso.

Al otro lado de la mesa, Bab entorna los ojos, mirándose en una pequeña polvera dorada. Se mancha los labios de escarlata y se da unos toquitos en las puntas de su negrísimo corte de pelo *bob*. Es una señal. Significa que tengo que estar callada porque va a llamar a Scotland Yard, a la policía. Cuando le pregunto por qué se pinta los labios para hablar por teléfono, me dice que así sus palabras suenan más «atrayentes».

Bab habla con el inspector Baxter todos los días. Bueno, casi siempre habla con el contestador del inspector Baxter. Ella dice que la ausencia de noticias es algo bueno, pero, la verdad, eso a mí no me vale. Espero que mis carteles sirvan

de algo. Mamá sonrío desde todas las farolas que hay entre el quiosco y el buzón. Alguien tiene que saber dónde está.

—*Inspectorr* —ronronea Bab—. Ya puede usted *rresponderr* al teléfono. Han cancelado mi clase de tango y tengo el *rresto* del día totalmente *librre*. Pienso *seguirr* dejándole mensajes hasta que... ¿Hola? ¿*Inspectorr Baxterr*? Qué *alegrría* me da *escucharr* ese *brrusco* acento de Glasgow tan masculino.

Me guiña un ojo y se sirve una taza de café dulce y cargado de la cafetera de cobre que se trajo de Moscú. Bab no es una abuela como la de los demás: no hace ganchillo ni pasteles, no se echa la siesta delante de la tele ni cree que una taza de té lo arregle todo. Pero se preocupa por mí, lo sé. Su voz empieza a sonar muy alegre.

—Ah, ¿sí? Si no le *imporrrta* que se lo diga, *querrido*, empieza a *parecer* usted un disco *rrallado*. Nadie *desaparrece* así como así.

Deslizo el periódico por debajo de la silla para que Bab no empiece a preocuparse por mí otra vez. Boris frota su pelaje naranja contra mi pierna y se tumba sobre la foto de mamá. No suele prestarse tanto a ayudar. Dejo que se me caiga un poco de huevo cocido (sin querer queriendo) y miro cómo se lo come todo a lametazos. En el recibidor, la rendija del correo hace un ruido metálico y las cartas caen sobre el parqué. Aparto mi plato y me levanto con cuidado para no molestar a Boris.

Ha llegado todo lo normal: facturas, más facturas, una postal de Buenos Aires y un catálogo de regalos de Navidad. «Regalo gratis en el interior: práctico boli-linterna». Normalmente, ya tendría ganas de Navidad en agosto, pero este año no es normal.

Debajo de un folleto de pizzas a domicilio hay un sobre de color azul pálido. Pone «PRIVADO Y CONFIDENCIAL». Es para mí.

En la cocina, Bab refunfuña en ruso. Su conversación con el inspector Baxter debe de haber acabado como siempre. Sigue refunfuñando cuando le doy la postal.

—¿Qué pasa, Bab?

—Nada, Mila. —Sus ojos de Cleopatra se iluminan—. Aaah, una *tarrjeta* de *Alejandro*.

Creo que es la primera vez que recibo una carta de verdad. Deslizo el dedo bajo la solapa del sobre y saco un folio escrito a máquina. En el papel de color azul pálido hay un cisne blanco y uno negro estampados. Debajo, dice: «Escuela de Ballet Swan House».

Unas alas pequeñas revolotean bajo mis costillas.

Querida Milly:

¡Nos alegra mucho comunicarte que tu solicitud de una beca en la Escuela de Ballet Swan House está totalmente aceptada! Adjunta a esta carta encontrarás toda la información que necesitas antes de que empiece el curso. Tenemos muchííísimas ganas de verte en septiembre.

Saludos.

Emmeline Topping,

responsable de comunicación con el alumnado

¿Solicitud? ¿Beca? ¿*Aceptada*?

El aleteo se hunde en mi estómago. Esto tiene que ser un error.

Junto a la carta, sujetos con un clip en forma de cisne, hay tres papeles más del mismo color.

Fechas y horarios del curso.

Uniforme y materiales.

Renuncia —CONFIDENCIAL—. Lea con atención y firme inmediatamente.

¿Una renuncia? No recuerdo haber firmado ninguna para el señor Lamont.

Bab coloca la postal junto a la cafetera.

—¿Qué tienes ahí, Mila?

Meto la renuncia en el bolsillo de mi bata y le doy la carta.

—Es una carta. Para mí. De una escuela de ballet.

Su taza choca con el plato.

—¡*Querrida*, te han dado una beca!

—¡LO SÉ! Yo no la pedí, ¿y tú?

—¿Acaso *imporrta* quién la pidierra?

—Pero, Bab, tiene que ser un error.

—¡No es un *errorr*, es *marravilloso*! A *verr*, empiezas la semana que viene... —Intenta no mirar mi pelo con mala cara—. Supongo que te *habrrá crrecido parra* entonces. ¡Ay, Mila, no vas a *tenerr* que *volverr* a ese *antrro* de St. Tilda!

En eso no he caído. Una nueva escuela de ballet implicaba decirles adiós a la biología, la física y la química; *au revoir* a los jerséis que pican; *auf Wiedersehen* a los profes gruñones... Lo que me recuerda que tengo que preguntarle a Bab sobre su conversación con el inspector Baxter.

Bab se gira el anillo de rubí que lleva en el meñique.

—El *inspectorr* dice que ya no está al *carrgo* del caso de la *desaparrición* de tu madre.

—Ah. ¿Y quién lo está?

—Es muy *rrarro*, Mila... pero dice que no tiene ni idea. Mi mano apretuja el papel de mi bolsillo.

—Bab, ¿crees que han dejado de buscar?

—*Clarro* que no, *querrida*.

—A veces creo que es ella la que no quiere que la encuentren.

—Ya te lo he dicho antes: no fue culpa tuya. A mí me *parece* obvio que tu *madrre* tiene amnesia. ¡Pasa constantemente! La *estarrá* cuidando una familia muy amable en Piccadilly o por ahí y *volverrá* a casa en cuanto *rrecuerrde* quién es. Ya está. Vamos, toda tu *rropa* de ballet está en mi *arrmarrio*. *Mirra* a *verr* si te sigue valiendo.

Bab lo dice con su voz alegre.

Una rusa alegre. No es normal.

Le doy un abrazo y corro al piso de arriba.

Ya en mi habitación, deshago el gurrño de la renuncia.

Lea con atención y firme inmediatamente.

En caso de lesión, encarcelamiento, pérdida de memoria inexplicable o fallecimiento, yo, la signataria, renuncio a mi derecho a denunciar a cualquier individuo, individuos o instituciones al servicio de —o relacionados con— la Escuela de Ballet Swan House.

Firma (obligatoria)

Hablo cinco idiomas, pero el lenguaje jurídico no es uno de ellos. ¿Estarán tomando precauciones extra? Después de lo que ocurrió en la Punta Escarlata, es un milagro que no me encarcelaran en el acto.

Al final de la hoja hay una dirección.

Por favor, comuníquenos inmediatamente, a la mayor brevedad posible, que acepta la oferta a la atención de:

Emmeline Topping
Escuela de Ballet Swan House
Regent's Park, Londres, W1

Un pensamiento surge en mi mente y hace temblar el papel en mi mano. Si Bab no mandó la solicitud, la única persona que puede haber pedido la beca es mamá. Es MAMÁ la que me está dando la oportunidad de volver a bailar. A lo mejor, si consigo compensar lo que pasó en la Punta Escarlata, volverá a casa. A lo mejor, esto es una PRUEBA o algo así.

Mi ropa vieja de ballet puede esperar. Mejor respondo a la Escuela de Ballet Swan House antes de que Emmeline Topping cambie de opinión.



Después de escribir la carta, la introduzco en uno de los sobres perfumados de Bab, humedezco el borde y le digo que voy a salir. Al final de la calle, una furgoneta roja de correos se acerca al buzón. «Inmediatamente», ha escrito Emmeline Topping. «A la mayor brevedad posible».

Echo a correr.

El cartero sale de la furgoneta de un salto y mete las cartas en un saco.

—¡Espere!

Recorro la manzana a toda prisa y casi aplasto a un anciano que viene en sentido contrario.

—¡Cuidado, chiquilla!

Es mi vecino de al lado.

—¡Lo siento, Bombardero!

El Bombardero se estira el traje de *tweed* y se peina los bigotes.

—Ah, eres tú, Milly. A ti te quería ver yo. Recuérdale a tu abuela que esta noche tenemos una cita especial, ¿sí?

—¡Vale!

Me tengo que acordar de decírselo a Bab. Supongo que se le va a declarar otra vez.

El cartero se lleva el saco al hombro. De cerca veo que es como una torre al lado del buzón. O se le han encogido los pantalones en la lavadora o no hacen uniformes de cartero para gigantes. Me detengo con un derrape y le entrego la carta.

—Menos mal que le pillo. Esto es muy importante. Mañana estará enviado, ¿verdad?

El cartero se ajusta la gorra sobre los ojos y murmura a través de la bufanda:

—Claro, cielo. Me encargaré yo mismo.

Aún me estoy preguntando por qué lleva una bufanda de lana en pleno agosto cuando Bab me llama para que suba. Ha decidido ordenar su armario mientras yo me pruebo mis cosas.

El armario de Bab es mejor que Narnia; ocupa una habitación entera, hay una mullida moqueta beis y huele particularmente a Bab: fiestas, perfume, naftalina... y cierto tufillo a la tintorería de Clapham High Street. Entre sus dos espejos de cuerpo entero hay vestidos para ir a la ópera, a las carreras, al campo, a la ciudad, para antes de esquiar, para después de esquiar, para ir a Moscú, París, Mónaco...

Señala con la cabeza el viejo arcón del colegio de mi madre.

—La *rrropa* de ballet está ahí, Mila.

Abro la tapa y saco los calentadores de rayas que mamá me regaló por mi cumpleaños. Debajo está doblada la chica que yo era hace ocho meses. Mi corazón también se dobla. Cierro el arcón sin hacer ruido. ¿Cómo espera mamá que haga esto sin ella?

Bab me sienta en su *chaise longue*.

—Te queda todo muy pequeño, de todas *forrmas*. *Mírrate*, ya estás casi tan alta como tu *madrre*. Mañana nos vamos de *comprras* y comemos en *Covent Garrden*, como hacíamos antes.

Intento esbozar una sonrisa demasiado pequeñita.

—Bab, ¿tú crees que mamá querría que volviera a bailar después de lo que pasó?

—Pues *clarro*, *querrida*.

—Nadie parecía pensar lo mismo en la escuela del señor Lamont.

Bab resopla.

—¿Qué sabrán ellos? Cuando *regrese* tu *madre*, se *encontrará* con que su patito se ha convertido en un *precioso* cisne. Ya lo verrás.

Me pone un bolero de lamé dorado encima del peto y se prueba su colección de prendas para cruceros caribeños. Es su forma de animarme.

El resto del día se escapa en un borrón de pieles sintéticas y lentejuelas. Mientras Bab me cuenta historias de mamá, de cuando ganó la Punta Escarlata y bailó *El lago de los cisnes* para la reina, lleno unas bolsas para la tienda de beneficencia. Cuando estoy bajando la última bolsa, oigo un ruido metálico en el recibidor. Un sobre. Azul pálido. Para mí.

Boris me sigue a la cocina. Miro hacia la repisa de la chimenea, hacia la pequeña punta roja sujeta sobre una montura dorada.

La Punta Escarlata de mamá.

Cruzo los dedos. Por favor, *por favor*, que no sea una carta de Emmeline Topping diciendo que se ha equivocado. En el interior encuentro el mismo papel de carta estampado, pero esta vez no está impreso. Esta carta está escrita en impacientes garabatos de tinta negra.

Querida Milly:

Gracias por aceptar nuestra oferta con tanta celeridad. Verás que la Escuela de Ballet Swan House

ofrece a sus alumnos una formación sin igual. Te recomiendo que leas con atención el folleto adjunto. Pueden arrojar algo de luz sobre cómo es la vida en Swan House.

Atentamente,

Celia Sitwell, DCB
Directora

A mis pies, Boris estornuda y expulsa una bola de pelo. Siento un cosquilleo en el cuello. ¿Cómo ha sabido Celia Sitwell que he aceptado su oferta? Si acabo de mandar la carta esta mañana.

Cuando abro el folleto, no es como el de St. Tilda. No hay caritas sonrientes, instalaciones luminosas o frases efusivas. Solo montones y montones de páginas en blanco.

Bab entra en la cocina.

—Qué rrrarro, hacía años que no nos trraían dos veces el correo. ¿Qué dice?

—No mucho. Es un folleto de Swan House, pero todas las páginas están en blanco.

Bab lo hojea.

—La imprressorra estarrá enamorrada. Seguro que te mandan otrro. Bueno, ¿te imporrta si me voy aquí al lado? Te doy un toque en la parred si el Bombarrderro se vuelve a arrodillarr. Entrre las dos podrrremos levantarrlo.

No me importa ni un poco. Bab ha renunciado a muchas cosas desde que mamá no está: los cruceros, Ascot, jugar al

mahjong con los señores Ling, que viven al otro lado de la calle... Cuando me vaya a Swan House, podrá volver a divertirse.

—Vete —le digo—. Ya me preparo yo el té.

Me da un beso en la mejilla.

—*Erres un ángel. Estoy muy orrgullosa de ti, querrida, y Eva lo estarría también. Llegaré antes de las doce.*

Cuando ya he recogido la ropa de Bab, me miro en los espejos. Mamá quiere que vuelva a bailar, pero mírame: cortarme el pelo me parecía una buena idea hasta las nueve de esta mañana, más o menos. Hago una pequeña *pirouette* y un *ballon* arriba y abajo un par de veces. Me quedo sin aliento después de tres minutos y medio, y mi pelo no se mueve como la seda. ¿Cuántas bailarinas tienen la cara roja y los hombros caídos, y llevan cortes de pelo bob caseros? ¿Qué diría mamá si me viese ahora? Willow Perkins se partiría los calentadores de la risa.

Han pasado ocho meses y no me parezco en nada a una bailarina.